

Una Costumbre

miguel perez

Una Costumbre



DH Galea

Capítulo 1

Mi vida colindaba con la de ella. Con dolor digo que era solo eso, simple aparcelamiento que se rozaba ¿Como decirle que eso no era amor? Que solo detestábamos la idea de tener que pasar nuestras vidas en soledad; acostumbrados a tener un compañero con quien lavar los platos, extender la ropa, regar las plantas. Nos hubiese costado demasiado hacer eso con el vacío de alguien. Se hubiera podido si solo fuese un vacío a secas: ya no teníamos marcha atrás, para ambos, ese lugar ya había tomado una forma, poseía un perfume, tenía sus propias frases y chistes.

No ayudo el comprar un perrito, solo fue aumentar otro participe en el juego de ignorar que los momentos de dicha vividos en el presente, eran unos impostores de la dicha que antes nos había habitado hasta los huesos, impostora sostenida por el miedo de los dos. Ese camino de teatralidades solo podía terminar en una desdicha mucho más grade. Pobre cachorro.

Todos a nuestro alrededor parecían padecer lo insostenible de nuestra apuntalada unión: padres y suegros por igual, amigos y descartados pretendientes, el portero y el kiosquero. Era una sensación térmica que hacíamos brotar de todos los pisos en los que transitábamos, esos lugares donde alguna vez habíamos andado mostrando ser lo que ya no éramos. Nos miraban con sus ojos caídos y retirados, como los padres miran a sus hijos cuando están haciendo macanas y no pueden retarlos porque hay visitas. Pobre de nosotros infantes traviesos que no sabemos lo que hacemos.

La rutina ya había perdido la pulsión que la había estructurado, la que supo darle calor y corazón. Pero debíamos de seguir; todos los dioses decían que debíamos seguir: el dios tiempo, el dios cultura, el dios "los otros" y la virgen inmaculada del no saber que depararía, amparado por la santa cruz de no conocer nada mejor. Esa cruz, ese madero al cual ceñirse desesperadamente en la tragedia de sentirse a la mitad de un inmenso mar que no es mas que un vaso de agua: imposible aceptar tan trunca realidad.

Remándola y remándola seguíamos. Seguimos por el camino que ya veníamos, cuando esos fantasmas de los cuales no hablaríamos se hicieron presente, ya habíamos empezado a compartir un hogar, que a esas alturas termino por convertirse en un gris domicilio. Después del domicilio vino la mascota, que compartiría nuestro amor, ese que nunca nos permitimos que coincidiese en tiempo ni lugar. Porque cada quien podía tener su rato de felicidad con el peludo amiguito, mas no estaba permitido que ese tiempo fuera coincidente; yo no podía verla a ella reír jugando son su colita, y yo tampoco podía ponerme a lanzarle palos para que me los trajera meneándome el rabo, cuando ella estaba en el patio

tomando su té. Una complicada custodia a compartir era esa, en donde ninguno podía dejarse ver feliz por el otro, las frescas sonrisas y escandalosas risotadas contrastarían con los silencios de los desayunos y las pálidas cenas, hubiera sido de muy mala educación mostrarnos mutuamente algo de lo que nos habíamos privado por algún mutuo acuerdo silencioso.

Pero la tinta viene aquí porque un día apareció Soledad, debía de ser una broma del destino que se llamase precisamente como el pesar del que venía a sacarme. A ella también le cayó un ángel salvador para sacarla del sonambulismo que era vivir con este fantasma promesado. El era simplemente Marcos, así, un simple nombre sin mucho que se le pueda agregar, a diferencia de mi Soledad. El debía de poder darle a ella todo lo que quería. Soledad, su equivalente femenino, también salía de toda norma siendo la satisfacción de lo que anhela todo hombre y también, saldando todas las auras, para que una persona cerca de ella, a la vez se sienta más cerca de si mismo. De Soledad puedo decir bastante, puedo hablar sobre las tardes robadas al tiempo, en esa plazoleta recóndita y camuflada, en un barrio en el que no teníamos por qué estar, que más que una placita era un banco entre las vidas de las personas que pasaban y pasaban a nuestro alrededor como si en el banquito estuvieran sentadas ilustres personas de bronce con las que ya estaban acostumbradas a convivir; todo lo que los extraños no se fijaban en nosotros, ella y yo se lo devolvimos, mirándolos, a veces, fijamente, maquinando conjeturas que aceleraban nuestros corazones, al pensar que entre esos cuerpos encontraríamos a algún compañero o familiar que nos reconocería: jugando a tener culpa sin todavía haber ejecutado la traición. Una vez concretada, fue la acción más honesta que nos pudimos permitir, movilizados por un amor nuevo y reluciente que desplazaba al otro tan estanco y con telarañas. Así, abrimos paso al disfrute fugaz y dulce de nuestras calientes compasiones, con vertiginosos descensos a nuestro particular paraíso, que estaba en el subsuelo de nuestro infierno, ese, el de ser consientes de que se tiene algo que te será arrebatado, un padecer tremendamente común, tal cual como el de todos que nacemos para morir; pero nosotros sabíamos que tan cerca estaba nuestro deceso, cinco meses y las risas y orgasmos se encaminarían obedientes y resignados al corral de los recuerdos amargamente dulce o dulcemente amargos: cualquier corral era lo mismo. Esa parca nos había estado espiando desde la primera plaza, hasta en los hoteles desbordados de lujuria: allí siempre estaba, casi sin hacer ruido ni dejarse ver; aunque en nosotros siempre cabía saber que su espera era pasible y nada exigente, estando siempre postrada con un talante sonriente.

Lorena y yo ya tuvimos fecha de casamiento. La fijamos porque era lo que correspondía. Un hijo debe de nacer en un hogar, en un matrimonio. No podíamos no cumplir con el itinerario: novios, juntarse, las plantas, el cachorro, matrimonio e hijos, y después el punto y listo, ha vivir con eso. Debíamos de acelerar los tramites (si, debíamos). Yo sabía que también

para ella seria una tortura dejar a Marcos, de él podría decirles solo algunas cosas sueltas; que lo conoció en esa librería en la que en muchas ocasiones te quedabas haciendo tiempo cuando no tenías ganas de llegar a casa, y que de allí eran los libros que te regalaba, con esas rosas secas entre sus hojas, que se parecían a las de nuestro jardín; sin ganas casi me mentías, como si fuese un insulto armar una mentira creíble. Recuerdo bien esos pétalos secos, las rosas son como papel en el que se ha derramado vino tinto cuando se secan, y las rosas blancas, como las de nuestro jardín, son hojas sobre las que se les ha derramado ordinario té cuando las ves secas y pétreas. Siempre suspirabas cuando continuabas tus lecturas donde ponías esos coágulos secos a modo de separadores. Esa era una de las pocas cosas que podía decir de Marcos, que sus flores eran de un profuso rojo, que sangraban aun después de muertas.

Antes de que se nos acabara el tiempo, la desesperación por fin se nos presentó; dejándonos frente a un basto mar llenos de compromisos y convivios, zarandeado por un viento lejano y punzante de la más profunda abnegación. Llegaron las tan pospuestas correteadas. Soledad y yo debíamos de huir en Febrero a Mendoza, allí le tendrían un trabajo y podría dar clases en lo que terminaba de estudiar, continuando con naturaleza de su vida, yo también podría darle inicio a lo mío en algún puesto a confirmar. Ella y Marcos tenían la fecha puesta a principios de Abril, unas semanas antes de la ceremonias civiles y religiosas. Sabia que esa era su fecha para viajar, que el otoño a través de la ventanilla te hacía sentir miserable, y que así pagarías la terrible falta de haberme dejado, con la culpa de las hojas secas.

Del bebe se podría hacer cargo Marcos, eso ninguno de los dos lo ponía en duda; aunque también lo podría hacer soledad desde mi lado. Las variantes de el porvenir de el niño estarías orientadas a la seguridad y la felicidad si estaban Marcos o Soledad; pero no sería así, si solo fuéramos Lorena y yo, nosotros solo podríamos con el tema de la seguridad.

Llegó Enero y sus festividades, la familia y la alegría de que para el año se tendría a un niño en el domicilio. También llego un tiempo de frio y lluvia, en el que las nubes no soltaron el cielo por casi tres semanas, cuando la copiosa lluvia se retiraba dejaba un ambiente gélido que solo por trabajo u obligación te animabas a encarar. Con esos condicionantes fueron más las ocasiones en que debíamos de compartir nuestros cafés en el comedor, buscando el calor o evitando el frio, confinados por un tiempo que parecía posponerlo todo en pos de una naturaleza mas fuerte que las rutinas del hombre.

Sobres esa mesa, en esas sillas oxidadas de venta de garaje, un extraño vals de miradas comenzó a develar una distancia que no nos habíamos animado a medir, como si el abismo te chupara si siquiera te animas a asomar la cabeza. Allí se mostró la terrible distancia de dos almas que habían mutado hasta el punto de que no solo era a ella a quien

desconocía, sino que también me sentía descolocado, al tratar de colocar mi reflejo en algún espejo o buscar las partes, en baúles viejos y polvosos, del hombre que me creía. Estupefacta quedaba mi mediocre noción de mí mismo. Algo debió de dejarme esa mostración de mi yo, en una otredad desorbitante, que cuando llego la fecha de la partida, no me anime a dar ese paso que mi otro yo había planeado, procurando la lucha por una pertenencia que hasta hoy me es imposible explicar. Allí me plante, y encause una contrarrevolución en contra de la movilización que nació de mis sentimientos. Todo ahora se gestaba por un profundo y oscuro instinto.

Cuando las fechas de ella llegaron; también reprimió ese grito silencioso de libertad, quizás por razones igual de confusas que las mías; y allí nos quedamos, varados en la inacción, atados a un costumbrismo, congelados para siempre en un tiempo compartido, un tiempo cómodo, uno que de alguna forma ya era cálido. Luchando nos quedamos, cada quien por su lado, inconscientemente, llevando a cabo la odisea que es la existencia por la pertenencia a un amor muy fuera de el recomendado; pero que, al fin, bajo nuestra propia atmosfera y con nuestra opaca luz, era amor.